

AZORÍN ON THE FRENCH FRONT

Azorín en el frente francés

Andrea Paola Alarcón Núñez
Universidad Carlos III de Madrid

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

Resumen

Durante la Primera Guerra Mundial José Martínez Ruíz «Azorín» fue el enviado especial a Francia por el diario ABC. Entre 1914 y 1918 el periodista relato y analizo cómo afectaba el día a día de este país la guerra. Dada la diferencia que existía entre el campo y la ciudad, y la estrecha relación de Azorín con París nos centraremos en las apreciaciones del escritor sobre esta ciudad. Para ello estudiaremos los artículos recopilados en el libro *París Bombardeado* (1919). A través de estos escritos observaremos la vida cotidiana de los parisinos durante la Gran Guerra, veremos cómo los

Abstract

José Martínez Ruíz “Azorin” was the special envoy to France of the newspaper ABC during the First World War. The journalist analysed and wrote about how the armed conflict affected French daily life between 1914 and 1918. Taking into account the differences between the countryside and the city, and the close relationship that Azorín had with Paris, we will focus on the author’s thoughts on the city. To that end, we will study the articles collected in the book *Paris bombardeado* (1919). Through these writings we will observe the daily

seres humanos se sobreponen a situaciones límite e intentaremos dilucidar la idea que tenía el periodista sobre la capital francesa.

Palabras clave

Azorín, Primera Guerra Mundial, Francia, Literatura, vida cotidiana, ciudad

life of Parisians during the Great War and how humans overcome extreme situations. Finally, we will clarify the personal vision of Azorín on Paris.

Keywords

Azorín, First World War, France, literature, everyday life, city life

Las grandes batallas de la Primera Guerra Mundial ocurrieron, sin lugar a dudas, en Francia. Desde el verano de 1914 hasta el invierno de 1918 el norte de este país estuvo invadido por el ejército alemán. Cientos de familias tuvieron que desplazarse, otras fueron obligadas a trabajos forzados y la gran mayoría perdió a alguien cercano durante la contienda. Provincias enteras fueron arrasadas y algunas ciudades quedaron en ruinas. La población francesa estaba desorientada, asustada y agotada. Sin embargo, hablar de una sola experiencia nacional durante la guerra es algo inviable, pues muchos hombres no lucharon en nombre de la Patria, sino en favor de su comunidad, en favor de la gente que conocían.

Por otro lado, lo que ocurría tanto en el campo como en la ciudad era totalmente distinto. Mientras que en los núcleos urbanos se gozaba de la mayoría de las comodidades; en el campo, las personas vivían en unas condiciones mucho más modestas. La modernización y el crecimiento económico que se observaban en Francia antes de la guerra dependían de la zona geográfica. Indudablemente, el mayor crecimiento se dio en las áreas donde había una mayor infraestructura y un nivel educativo más alto, es decir, en las ciudades. Por esta razón, para estudiar las distintas formas de la vida francesa durante la Guerra habría que realizar un análisis más focalizado, esto es, un estudio a nivel local más que nacional.

Dada la importancia de las capitales durante la guerra, éstas se convirtieron en los centros neurálgicos de la misma. En ciudades como Londres, Berlín o París, se tomaron decisiones clave sobre el conflicto. En el caso francés, esto se acentúa, pues el frente se encontraba muy cerca de la capital. Además, y gracias a las revoluciones de 1789 y 1830, París se había convertido en un importante centro ideológico para Europa y centro político de la República Francesa. Así, invadirla o destruirla resultaba de vital importancia para los alemanes¹.

El status simbólico de París era excepcional. La ciudad luz encandilaba a visitantes y parisinos por igual. Era el lugar de la cultura y del placer, allí existía una intensa vida social que se disfrutaba en los cafés, en las plazas y en los bulevares. París era un lugar para ver y ser visto. Aun en tiempo de guerra sus habitantes gastaban más en ropa y en bebida que cualquier otro ciudadano europeo.

Como cabe esperarse no todo era tan bello como parecía. Entre el este y el oeste de la ciudad había un gran contraste; no solo a nivel arquitectónico, sino también a nivel social.

1. Para ampliar esta información véase J. Winter y J.L Robert (eds.), *Capital Cities at War. Paris, London, Berlín. 1914-1919*, Gran Bretaña, 1997.

Antes de que empezara la Primera Guerra Mundial la ciudad estaba en decadencia, había una alta tasa de mortalidad y muchos de sus ciudadanos vivían en condiciones de hacinamiento y miseria (más que en Londres, por ejemplo). Y el alcoholismo y la tuberculosis eran plagas que aquejaban a buena parte de la población. Pese a ello, cientos de artistas se dieron cita en la capital gala creando obras que reforzaban la magnificencia de este lugar².

Uno de ellos, y a través de quien recorreremos las calles de París en guerra, es el escritor José Martínez Ruiz, Azorín, que tuvo la oportunidad de vivir y relatar en primera persona los estragos ocasionados por la guerra.

Azorín y París

Como es bien sabido, Azorín fue un gran defensor de la cultura francesa. No solo sintió especial interés por su cultura, costumbres y valores, sino que además mostró un gran entusiasmo por la libertad de prensa y por el contenido de sus publicaciones³. Sin embargo, en varios de sus artículos alega estar en desacuerdo con muchas de las políticas o decisiones de la Francia oficial. Martínez Ruiz escribe sobre Francia en guerra desde el inicio de la contienda, ya que era el enviado especial a este país por el diario *ABC*. Sus primeros artículos los firma desde San Sebastián, y en ellos nos habla sobre Bayona.

Bayona es la ciudad que solía visitar con cierta frecuencia. A través de este lugar nos introduce a la Francia de antes de la guerra, donde, según él, «*la vida es fácil, dulce e intensa*»⁴. En su segundo artículo nos describe los ánimos de la población y da cuenta de su admiración por el pueblo francés. Como veremos esta fascinación se encuentra presente en todos sus escritos. En la mayoría de sus artículos se percibe una postura bastante crítica frente a Alemania, aunque en otros matiza que no se debe considerar la sabiduría germana y francesa como algo antagónico, sino más bien como algo complementario. Incluso dedica un par de artículos a disipar las exageraciones de sus colegas francófilos sobre el pueblo germano y, en algunas ocasiones (especialmente al inicio de la guerra), llega a afirmar que el pensamiento francés debe mucho al pensamiento alemán y viceversa⁵.

Los artículos en los que nos enfocaremos aquí relatan la vida cotidiana del escritor durante su estancia en París durante la primavera de 1918. Para ello, nos centraremos en los escritos compilados en el libro *París bombardeado*, editado por primera vez en 1919. La mayoría de estas anotaciones fueron publicadas en el diario *ABC*, aunque incluye dos escritos nunca antes difundidos y una reflexión realizada desde Madrid tras la culminación de la guerra. En estos textos hay tres aspectos que llaman nuestra atención sobre el testimonio de

2. Acerca de la construcción simbólica de las ciudades durante la Primera Guerra Mundial revisar: J. Winter, *Sites of memory, sites of mourning. The great war in European cultural history*, Nueva York, 1995.

3. Sobre la influencia de la literatura clásica francesa en la formación de Azorín consultar J. Abbott, *Azorín y Francia*, Madrid, 1973.

4. Azorín, “Antes de la guerra”, *ABC*, agosto, 1914.

5. Para profundizar sobre el posicionamiento ideológico de aliadófilos y francófilos en España consultar: F. Díaz-Plaja, *Francofilos y germanófilos. Españoles en la guerra Europea*, Barcelona, 1973.

Azorín: El primero de ellos es la normalización de la guerra e incorporación de la misma a la vida cotidiana; el segundo, es la aparente despreocupación por el conflicto (ya no solo por parte del escritor, sino también por el resto de la ciudadanía) y, por último, la idea que tenía Azorín de la cultura francesa y de su lucha que hace que tenga una lectura muy poetizada de la capital y las consecuencias de la guerra.

Vida cotidiana y despreocupación por el conflicto

Para analizar estos tres aspectos hay que tener en cuenta la importancia que el escritor concedía a lo cotidiano. Para Martínez Ruiz «lo cotidiano es maravilloso, pero a la vez y por eso lo maravilloso está en lo cotidiano»⁶. De hecho, en una de sus reflexiones apunta cómo ni la misma guerra puede detener el curso de los días:

«El cañón no interrumpe la vida. Todo es tan digno de ser meditado como el riesgo del cañón. Salimos sin embargo de casa, atravesamos plazas y calles; bebemos agua: No nos pasamos el día palpándonos, oscultándonos. La vida se sobrepone a dolores y angustias. La vida encierra en sí misma, para subsistir, cierta cruel impasibilidad»⁷.

Partiendo de esta idea, es normal encontrar en sus relatos referencias a sus largos paseos y a sus frecuentes visitas a las librerías parisinas. En estas derivas Azorín se ve cautivado por todo lo que pasa a su alrededor, aún en guerra. Percibe a París como la ciudad más hermosa del mundo, el lugar idóneo para estar. Le impresiona la monumentalidad de sus calles, el ir y venir de los coches y los viandantes. Por sus descripciones parece que la ciudad no estuviera en guerra:

«Estamos en París. El cielo es gris, ceniciento, es de una dulzura y una suavidad incomparables. Sobre ese elegante gris, en las grandes avenidas, destaca, con maravillosa armonía, el verde primaveral de los árboles.

Las calles están limpias, cuidadas en su asfalto. La muchedumbre de viandantes camina tranquilamente, y los automóviles, incesantes, desfilan raudos.

¡Profunda sensación de sosiego, de tranquilidad y de paz!...»⁸.

Posteriormente, y por instinto, empieza a buscar las huellas de ese enfrentamiento que le quitaba el sueño pocos días antes de emprender su viaje a Francia:

«Yo miraba atentamente las casas, sus muros, sus techumbres. Quería ver si descubría alguna señal de desquiciamiento, de ruinas, producidas por los bombardeos. Al cruzar una plaza he columbrado la parte alta de una casa toda derruida, con andamios. En algunos monumentos

6. Azorín, *París Bombardeado*, Madrid, 2008, Prólogo de Jorge Urrutia, 12.

7. Azorín, *op. cit.*, 61.

8. Azorín, *op. cit.*, 44.

públicos, grupos de obreros se ocupan en cubrir con sacos de arena y con tierra los bajos relieves y las partes delicadas de la obra artística»⁹.

Finalmente termina su descripción comentando cómo al pasar por esas avenidas y jardines, «veía a la gente sentada en los bancos y las sillas charlando reposadamente...»¹⁰. Una vez más se observa cómo las personas siguen el curso de su vida, con toda la calma, como si el enfrentamiento tuviera sitio en otro lugar. Si bien el ser humano es capaz de sobreponerse a cualquier dificultad, no deja de sorprender la pasividad con la que Azorín y los parisinos actúan frente a la guerra. De hecho, en algunas ocasiones estas descripciones dan cuenta de cómo en el ambiente de la ciudad existía una cierta negación/resignación respecto a lo que estaba ocurriendo. Incluso el mismo Azorín alude a la falta de preocupación de los habitantes de la capital francesa y comenta que en los diarios algunos columnistas han mostrado su indignación por la apatía de los ciudadanos frente al conflicto. No obstante, Azorín se acusa a sí mismo de pecar de esta indiferencia:

«Algunos periódicos se quejaban, al día siguiente de la despreocupación de los parisenses. “Salen a la puerta de la calle- decían- y allí están fumando”. En efecto, anoche en el hotel, ya casi nadie bajo a los sótanos. Salimos casi todos a la puerta de la calle; estuvimos allí un momento; después nos acercamos todos a la esquina; luego para contemplar mejor el cielo nos separamos de la acera y nos pusimos en medio del arroyo... La luna inundaba de clara y suave luz las calles»¹¹.

Los especialistas en psicología de guerra afirman que esta especie de negación es natural, pues la resistencia es un mecanismo que permite a las personas y a las comunidades afectadas (en este caso por la guerra) sobrevivir y hacer frente a la adversidad. En momentos de tensión permanente o demasiado prolongada, el cerebro trata de convencerse de la opción más cómoda, aquélla en la que se elimina lo que duele. En este caso, se elimina la idea de la persistencia de la guerra¹².

Lo anterior lo podemos ver reflejado en las acciones de los personajes de Azorín. A través de estos sujetos observamos cómo los seres humanos se sobreponen y continúan viviendo en condiciones límite. En sus relatos hay soldados parodiando el miedo, parejas que salen a pasear en coche en medio de un bombardeo, militares que ignoran las alertas y personas perfectamente trajeadas que continúan bromeando y riendo en un gran salón de fiesta. Esto no deja de ser inquietante y nos hace reflexionar sobre el hecho de que a veces hay más información en lo que se omite que en lo que se hace o se dice. De todos modos, la mayoría de veces Azorín es consciente de lo que calla, pues en varios de sus artículos asegura que no está bien que un español sienta más temor que un francés por la guerra. De hecho, en un par de sus reflexiones afirma que: «no hablo en París con nadie -ni una

9. Azorín, *op. cit.*, 46.

10. Azorín, *op. cit.*, 46.

11. Azorín, *op. cit.*, 53.

12. A. Blanco, L. de la Corte y J. Sabucedo, *Psicología y derechos humanos*, Madrid, 2004.

palabra- ni de los bombardeos nocturnos, ni del cañón»¹³ Y es que, como comenta el catedrático Jorge Urrutia, en el Azorín de esta época se observa un esfuerzo por integrarse a la vida de la ciudad imitando el comportamiento de sus anfitriones y evitando la mínima confrontación o muestra de debilidad¹⁴.

Esto no quiere decir que los parisinos o el mismo Azorín no tuvieran miedo. La guerra es un acontecimiento espantoso, tan aterrador que mientras los individuos la viven, muchas veces son incapaces de asumirla evitando hacer referencia a ella. Merece la pena entonces que tengamos en cuenta que estas «operaciones lingüísticas no son parte de una hipocresía extendida, por el contrario son operaciones conscientes y programadas que tienen por finalidad cambiar la forma de recordar y de pensar»¹⁵. Esto implica que si no se habla de la guerra en París es porque, como ya hemos comentado, el cerebro puede editar y censurar selectivamente la verdad para construir una realidad más amable y dulce. Por esta razón y únicamente cuando Azorín llega a Madrid es capaz de reconocer el horror que le produjo la guerra, es decir, solo hasta que se sale de ese contexto es totalmente consciente de lo que vive:

«¡Días terribles, angustiosos, estos de la última decena de mayo de 1918! Días críticos para Francia y para Europa. Días de los más decisivos de toda la guerra. Yo, que no había podido venir antes a París, he querido venir ahora. En París he estado, pues, en las horas más trágicas de la guerra»¹⁶.

Idealización de París, el nacionalismo

Otra de las razones que explican esa París impasible en el testimonio de Azorín responde a que nuestro interlocutor era un visitante esporádico que gozó de ciertos privilegios (se hospeda en el lujoso Hotel Majestic, por ejemplo) y que a su vez se relaciona con otros visitantes que disfrutaban de las mismas comodidades. Si bien Azorín conoce la ciudad y procura explorarla, su visión está sesgada. Primero, porque solo recorre un determinado sector de la capital (esto lo podemos inferir de sus descripciones sobre la ciudad); y segundo, porque, al igual que muchos de los intelectuales de mediados del s.XIX y principios del siglo XX, Martínez Ruiz ve en París el gran faro de la cultura europea.

París es una ciudad que ha sido contada de muy diversas maneras, cada artista tiene una visión particular de ella. Aunque esta pluralidad de miradas nos ilustra la imposibili-

13. Azorín, *op. cit.*, 78.

14. En la introducción a la segunda edición del libro *París Bombardeado* (2008), Jorge Urrutia analiza detalladamente la obra y su contexto. Además realiza un breve estudio sobre los planteamientos estéticos de estos artículos.

15. N. Porras, “Lo ideológico en la psicología social y en la guerra en Colombia”, *Revista de Psicología –GEPU–* (En línea). Disponible en: <http://revistadepsicologiagepu.es.tl/Lo-Ideol%F3gico-en-la-Psicolog%EDa-Social-y-en-la-Guerra-en-Colombia.htm>

16. Azorín, *op. cit.*, 78.

dad de concebir a París como una totalidad, la unión de estos fragmentos genera el «mito de la grandiosa París»¹⁷. Azorín, gran conocedor de los clásicos de la literatura francesa y cautivado por este mito, profesa una gran admiración por esta ciudad. Por esta razón a pesar de la guerra, para Martínez Ruiz Vivir en París, es «vivir en el centro espiritual del planeta, en el centro de la ciudad más bella del mundo, es una delicia. Vivir aquí es vivir siete veces más que los otros mortales».¹⁸

Por lo que mientras se avanza en la lectura de sus artículos es inevitable no pensar que más que adentrarnos en París en guerra estamos irrumpiendo en la psique del escritor, en lo que desea y espera de esta ciudad. Sin embargo, todo lo literario no puede ser imaginario y en favor de la visión edulcorada de Azorín, podemos asegurar que durante la Primera Guerra Mundial la vida parisina en comparación con la de Londres o Berlín mantuvo una relativa calma y una mayor vitalidad. Además y como ya lo habíamos comentado, la mayoría de los parisinos estaban acostumbrados a hacer frente a situaciones límite y su idea de bienestar se relacionaba más con la posibilidad de encontrar un sitio donde residir que con la felicidad. Quizás esa manera de vivir fue la razón por la que la contienda se hiciera más fácil de sobrellevar.

Por otra parte y en función del momento de la guerra existió más o menos vida social. Al principio del conflicto la gente estaba más contenida, pero a medida que fue pasando el tiempo y en vista que el enfrentamiento se prolongaba, el ambiente se fue moderando y empezaron a aparecer nuevas estrategias para continuar con la vida nocturna, las tertulias y las reuniones entre amigos. Así lo constata Azorín cuando nos habla sobre su paseo del 29 de mayo de 1918: «Lucía clara la luna. Se veían muy pocas luces. Los cafés, llenos de gente, están cerrados para que no salga el resplandor de la luz. Los faroles de aquí y de allá tienen los vidrios pintados de azul y están cubiertos con una caperuza».¹⁹

Por otro lado, aunque la Primera Guerra Mundial fue uno de los sucesos más traumáticos para la Europa del s.xx, sus horrores fueron atenuados por un fuerte sentimiento nacionalista fomentado por los propios gobiernos. Desde los medios de comunicación se enviaban mensajes de aliento a los soldados y se instaba a defender la patria de la maldad del adversario. Azorín, consumido por aquella euforia nacionalista, veía en la lucha francesa algo noble e incluso admirable, cito: «Buenos soldados; soldados de la bella e intrépida Francia; soldados joviales, bonachones... Estos soldados, los de los heroísmos silenciosos y tranquilos que han peleado por la libertad y por el progreso...»²⁰. Es una postura comprensible si se tiene en cuenta que los valores fomentados en la guerra de disciplina, orden y servicio a la patria, así como una imagen distorsionada de la perversidad del enemigo, hacen que la ciudadanía advirtiera el conflicto como algo lógico y necesario para el restablecimiento del orden. Además, muchos individuos

17. Para ampliar información sobre cómo se construyen los imaginarios urbanos consultar: A. Moya, «Paisajes inmateriales», *La percepción del paisaje urbano*, Madrid, 2011; B. Pike, *The image of the city in modern literature*, New Jersey, 1981 y A. Almandoz, *Literatura y ciudad en la primera industrialización*, Caracas, 1993.

18. Azorín, *op. cit.*, 82.

19. Azorín, *op. cit.*, 53.

20. Azorín, «Soldados», *ABC*, Agosto. 1914.

ponían estos principios por encima del respeto a la vida humana. De ahí, que los enfrentamientos bélicos (a escala internacional) afianzaran y fortalecieran los lazos nacionales, la lucha de todos los ciudadanos contra un enemigo común creaba alianzas fuertes, difíciles de quebrantar.

Conclusión

Queda claro que nuestro escritor ve París como un prototipo de ciudad ideal. El imaginario que tiene Azorín sobre la ciudad luz pesa más que los hechos y su objetividad periodística. Si bien, Martínez Ruiz era consciente de la difícil situación de la ciudad, la imagen que se había formado de este lugar, a partir de la literatura y la cultura, no le permitía reconocer todas sus dobleces y mezquindades. Así, su perspectiva de la Francia en guerra dista mucho de lo que ocurría en las trincheras.

Sin embargo, a través de los relatos y percepciones personales de Azorín, podemos notar cómo el ser humano se sobrepone a la guerra y con algunas estrategias mentales logra continuar con su vida. Pese a que la visión que tiene nuestro autor de París no es la más ecuánime (en ciertas ocasiones sus escritos parecen una apología a Francia más que una crónica de guerra), esto no implica que no se pueda ver más allá de estas descripciones complacientes, puesto que muchas de las ideas y actitudes que refleja Azorín en sus escritos son producto del contexto que generó la Primera Guerra Mundial.

De igual manera, a través de los artículos de Azorín podemos observar cómo la información que circula en tiempo de guerra favorece el sentimiento pro-belicista, pues, como nuestro escritor, muchos ciudadanos se vieron influenciados por un aluvión de propaganda nacionalista que mostraba la guerra como un acto de la más grande nobleza. Aún hoy en día, países en guerra mantienen «informados» y «convencidos» a sus ciudadanos sobre las virtudes y las necesidades de determinadas intervenciones bélicas.

Para concluir, no hay que perder de vista que tal y como afirma el historiador Eduardo González Calleja «El testimonio es el resultado de la acción del tiempo sobre la memoria, desde la percepción de la escena vivida... Y el fruto de la superposición y la combinación de las diferentes memorias personales: familiar, política, ideológica, etc...»²¹. Así, un único testimonio es insuficiente, pero la suma de ellos conforma el retrato de un momento y de un espacio determinado.

El rescate de estos testimonios sigue siendo, sin lugar a dudas, muy necesario. Hablar y poner en contexto los horrores de una guerra que ocurrió hace cien años, desafortunadamente no deja de ser un tema de gran actualidad. Aunque las armas son otras y los objetivos pueden haber variado, sus consecuencias continúan siendo igual de desastrosas: Pobreza psíquica y económica, desesperanza y muerte.

21. E. Calleja, *Memoria e Historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales*, Madrid, 2013, 143.